

EL HUESPED

- - -

Perseguido y acosado
te has venido a guarecer
bajo mi techo asombrado...
Y todo en casa ha cobrado
candores de amanecer.

Vienes --¡otra vez!-- cubierto
de sangre y sudor,
desollado y medio muerto.
¡Otra vez el pecho abierto
por nuestra infamia y tu amor!

Otra vez despedazado
bajo la cruz...
Pero tan enamorado,
que en el rostro amoratado
sonríe una mansa luz.

Ya siento por la escalera
tus leves pasos sonar...
¡Ah, cómo el alma quisiera
tenderse como una estera
y tu camino alfombrar!

¡Cómo quisiera ser cosa
dulce y blanda para ti;
cosa humilde y cariciosa
que haga menos congojosa
tu estancia aquí!

¡Mira, Señor, cómo vienes!
¡Hasta de tu propio hogar
te han echado! ¡Ya no tienes
para reposar tus sienes,
ni tu sagrario y tu altar!

En mi mesa de trabajo
descansa ahora, Señor.
Deja el dolor que te trajo,
y con él, déjame un gajo
de tu claror.

¡Con qué hundida reverencia
me pondré luego a escribir
donde siento la presencia
de tu huella y de tu esencia
latir!

Y tu hermosura igniscente
transverberará el papel,
y saldrás en él viviente...
y al leer, dirá la gente
conturbada: ¡Aquí está El!

Alfonso Junco

México, 1928.

unw
Copie here don
Agustin Basave.
México, 17 die. 1941.

COMO ESA FUENTE...

Señor, yo quiero ser como esa fuente
que pusiste en la hondura, recatada
de los vanos ruidos de la senda...
¡Quítame todo lo engañoso, y dame
el inefable don de la divina
simplicidad!

Vivir desconocido,
en oculta quietud. Ser la limpieza
casta y pristina, ser la mansedumbre
y ser la claridad...

¡Hundirse en una
suspensión amorosa, en un arrobo
tan diáfano y tan hondo, que abajemos
el cielo al contemplarlo, y lo sintamos
nuestro, en la pura intimidad del alma!

Y después de la unción contemplativa,
filtrarse con sigilos evangélicos
para regar el bien. Ser savia nueva
para alentar tristezas y desmayos
y urgir florecimientos... Ser caricia,
y ser gracia y frescor, y en toda cosa,
--roca hostil, blanda margen, viejo tronco,
brote impúber--, poner las suavidades
de una sonrisa luminosa y buena.
Y ante el hosco tropiezo del camino,
saltar con ágil ímpetu riente,
besándolo al pasar...

Ser una dádiva
perenne, y derramada, y jubilosa,
y una consolación inacabable
para la sed de todos los sedientos.

Y cantar, cantar siempre --bajo el alba
o entre la noche, por amables sendas
o por ríspidos cauces agresivos--,
una canción divinamente dulce...

¡Señor, yo quiero ser como esa fuente!...

Alfonso Junco

Al Arq. Don Agustín Basave
con efusivo recuerdo.
Méjico, nov. de 1939.